

T. E. LAWRENCE
(LAWRENCE DE ARABIA)

GUERRILLA

seguido de

Junto a los ríos de Babilonia, por Wu Ming 4

Traducción de:
Guerrilla: Álvaro García-Ormaechea
Estudio de Wu Ming 4: Hugo Romero





ACUARELA LIBROS **A. MACHADO LIBROS**



Primera edición:
junio de 2004
Segunda edición:
septiembre de 2007
Traducción del Junto a los ríos de Babilonia:
Hugo Romero.
Traducción de *Guerrilla:*
Álvaro García-Ormaechea.
Propuesta gráfica:
Acacio Puig
Edición:
Ediciones Acuarela
Apartado de correos 18.136, 28080 Madrid
info@acuarelalibros.com
www.acuarelalibros.com

A. Machado Libros, S. A.
C/ Labradores, 5 - P. I. Prado del Espino
288660 Boadilla del Monte (Madrid)
editorial@machadolibros.com
www.machadolibros.com

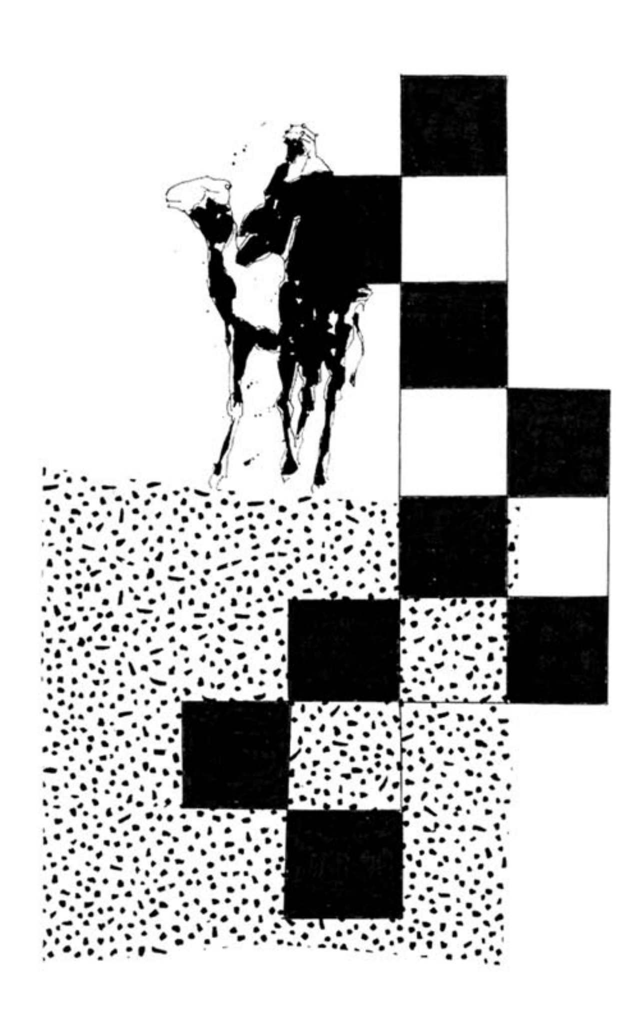
Impresión:
Top Printer Plus - Móstoles (Madrid)

ISBN:
978-84-7774-
Depósito legal:
M--2007

ÍNDICE

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

En esta segunda edición de *Guerrilla* hemos introducido un único cambio: el "prólogo" de Wu Ming 4 aparece ahora después del texto de T. E. Lawrence, como un ensayo que parte de las ideas sobre la guerra de guerrillas de Lawrence de Arabia y piensa su actualidad posible como inspiración para las prácticas políticas contemporáneas. Varios lectores nos han hecho notar que la brevedad del texto de Lawrence lo convertía en una especie de "epílogo" del ensayo de Wu Ming 4, invirtiéndose así el sentido de los dos artículos. Por lo demás, nos parece que el texto de Lawrence está suficientemente contextualizado por la nota de la propia Enciclopedia Británica y las líneas que se pueden leer en la contraportada.



GUERRILLA

T. E. LAWRENCE

INTRODUCCIÓN

Para la decimocuarta edición de la *Enciclopedia Británica* (publicada por vez primera en 1929) el editor encargó a T. E. Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia, que escribiera sobre el tema de la guerra de guerrillas. El elemento de experiencia personal que impregna el artículo es inusual en una enciclopedia y, sin embargo, debió de ser precisamente la razón principal por la que se buscó a este autor en particular. El primer párrafo, más convencionalmente enciclopédico en el tono, fue escrito por Sir Thomas Barclay (vicepresidente de la International Law Association y autor entre otros de *International Law and Practice*).

GUERRILLA, término utilizado habitualmente para designar la guerra llevada a cabo por bandas de manera irregular y desorganizada; equivocadamente escrita "guerilla", es el diminutivo del español guerra. *El estatuto de los combatientes irregulares fue uno de los temas tratados en la Conferencia de Paz de 1899, y las reglas adoptadas allí fueron reafirmadas en la conferencia de 1907. En ellas se establece que para que puedan ser consideradas fuerzas beligerantes las bandas irregulares deben: (a) tener al mando a una persona responsable de sus subordinados, (b) portar una insignia o distintivo reconocible a distancia, (c) portar armas abiertamente y (d) atenerse en sus operaciones a las leyes y costumbres de la guerra. Las reglas, sin embargo, también establecen que en caso de invasión los habitantes del territorio que, al aproximarse el ejército invasor, espontáneamente toman las armas para resistir, deben ser consideradas a estos efectos como tropas beligerantes si portan armas abiertamente y respetan las leyes y costumbres de la guerra, aun cuando no hayan tenido tiempo para organizarse según lo estipulado en los requisitos anteriores. Estas reglas fueron tomadas casi palabra por*

palabra del proyecto redactado en la Conferencia de Bruselas de 1874, el cual, aunque nunca se ratificó, fue prácticamente incorporado a las regulaciones militares dictadas por el gobierno ruso con ocasión de la guerra de 1877-1878.

Thomas Barclay

LA CIENCIA DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

Este estudio sobre la ciencia de la guerrilla, o guerra irregular, está basado en la experiencia concreta de la revuelta árabe contra los turcos en 1916-1918. Pero el ejemplo histórico adquiere a su vez valor del hecho de que su curso estuvo guiado por la aplicación práctica de las teorías descritas a continuación.

La revuelta árabe comenzó en junio de 1916 con un ataque de los mal armados e inexpertos grupos tribales sobre las guarniciones turcas en Medina y alrededores de La Meca. Se enfrentaron sin éxito, y a los pocos días de esfuerzo se retiraron fuera del radio de alcance del fuego enemigo y comenzaron un bloqueo. Este método forzó la pronta capitulación de La Meca, el más remoto de los dos centros. Medina, sin embargo, estaba conectada por ferrocarril con el grueso del ejército turco en Siria, y los turcos fueron capaces de reforzar las guarniciones en este lugar. Las fuerzas árabes que lo habían atacado se retiraron entonces gradualmente y tomaron una posición al otro lado de la vía principal a La Meca.

En este punto, la campaña se mantuvo en suspenso durante muchas semanas. Los turcos se prepararon para mandar una fuerza expedicionaria a La Meca con la intención de aplastar la revuelta en su origen, y así enviaron un cuerpo de ejército a Medina por tren. Desde allí comenzaron a avanzar por la principal vía occidental que une Medina con La Meca, recorriendo una distancia de unas 250 millas. Las primeras 50 fueron fáciles. Luego hubieron de atravesar un cinturón de colinas de 20 millas de ancho donde estaban apostados los grupos tribales árabes de Feisal a la defensiva, y

después un tramo de 70 millas a lo largo de la llanura costera hacia Rabegh, algo más de la mitad del trayecto. Rabegh es un pequeño puerto en el Mar Rojo con buen fondeadero para barcos que estaba considerado como la llave hacia La Meca debido a su situación privilegiada. Allí se encontraba Sherif Ali, hermano mayor de Feisal, con más fuerzas tribales y lo que era el comienzo de un ejército regular árabe, compuesto por hombres y oficiales de sangre árabe que habían combatido en el ejército turco. Como era casi inevitable, a la vista de las líneas generales del pensamiento militar desde Napoleón, los soldados de todos los países tenían en cuenta sólo a los regulares para ganar la guerra. La opinión militar estaba obsesionada con el *dictum* de Foch según el cual las reglas básicas de la guerra moderna consisten en buscar al ejército enemigo, identificar su centro de poder y destruirlo en batalla. Los soldados irregulares, al ser incapaces de tomar posiciones, no eran considerados relevantes a la hora de tomar decisiones.

Mientras estos regulares árabes seguían entrenándose, los turcos comenzaron de pronto su avance sobre La Meca. Atravesaron las colinas en veinticuatro horas, probando así el segundo teorema de la guerra irregular –a saber, que las tropas irregulares son tan incapaces de tomar una posición como lo son de defenderla. Esta lección fue recibida sin gratitud, pues el éxito turco puso a la fuerza de Rabegh en situación crítica: incapaz de repeler el ataque de un solo batallón, debía enfrentarse a todo un cuerpo de ejército. En la emergencia se le ocurrió a este autor que acaso la virtud de los irregulares radica en la profundidad y no en la superficie, y que fue la amenaza de su ataque al flanco turco del norte lo que había hecho al enemigo dudar por tanto tiempo. El flanco turco actual se extendía desde su línea del frente hasta Medina, una distancia de unas 50 millas: pero si la fuerza árabe se moviera hacia el ferrocarril de Hejaz, detrás de

Medina, bien podría extender su amenaza (y por lo tanto el flanco del enemigo) potencialmente hasta Damasco, 800 millas más al norte. Semejante movimiento obligaría a los turcos a ponerse a la defensiva, y mientras, la fuerza árabe podría recuperar la iniciativa. En todo caso, ésta parecía ser la única posibilidad y así, en enero de 1917, los hombres de Feisal volvieron la espalda a La Meca, Rabegh y los turcos, y marcharon 200 millas al norte hasta Wejh.

Este excéntrico movimiento actuó como un hechizo. Los árabes no hicieron nada en concreto, pero su marcha puso en guardia a los turcos (que se hallaban ya a las puertas de Rabegh), los cuales volvieron a movilizar sus fuerzas otra vez hasta Medina. Allí la mitad de la fuerza turca se atrincheró alrededor de la ciudad, una posición que mantendría hasta después del armisticio. La otra mitad fue distribuida a lo largo del ferrocarril con el fin de defenderlo de la amenaza árabe. Durante el resto de la guerra los turcos estuvieron a la defensiva, mientras que los grupos tribales árabes fueron ganando ventaja tras ventaja: en el momento de firmar la paz habían hecho 35.000 prisioneros, matado, herido o rendido a otros tantos y habían ocupado 100.000 millas cuadradas de territorio enemigo con pocas bajas propias. Sin embargo, aunque Wejh habría de ser el momento decisivo, su relevancia no había sido aún comprendida. Por el momento, el movimiento hasta allí se contemplaba como un mero preliminar al corte del ferrocarril con el fin de tomar Medina, las bases turcas y la guarnición principal.

Estrategia y tácticas

Sin embargo, desafortunadamente el autor estaba a cargo de la campaña en mayor medida de lo que deseaba, y al faltarle entrena-

miento y formación de mando trató de encontrar una ecuación inmediata entre el estudio previo de la teoría militar y los movimientos presentes: como guía y base intelectual para la acción futura. Los libros de texto definían el objetivo bélico como "la destrucción de las fuerzas organizadas del enemigo" por "el único método de la batalla". La victoria sólo podía comprarse con sangre. Esto era mucho decir, ya que los árabes carecían de fuerzas organizadas, de manera que un Foch turco no habría tenido un objetivo y, como quiera que las fuerzas árabes no sufrían bajas, un Clausewitz árabe no habría podido comprar su victoria. Estos hombres sabios debían de estar hablando con metáforas, puesto que los árabes estaban sin lugar a dudas ganando su guerra… y la reflexión posterior apunta en la dirección de que en verdad la ganaron. Habían ocupado el 99 por ciento del Hejaz. Bien podían los turcos quedarse con la fracción restante, hasta que la paz o el día del juicio les mostraran la futilidad de permanecer colgados del cristal de la ventana. Esta parte de la guerra había terminado, así que ¿para qué preocuparse por Medina? Los turcos se clavaban allí inmóviles, a la defensiva, abasteciéndose para alimentarse con los animales de transporte que los debían haber llevado a La Meca, pero para los que no había pastos entre sus ahora restringidas líneas. Allí eran inofensivos; en cambio, de haber sido hechos prisioneros habrían supuesto un coste en comida y guardias en Egipto, y de haber sido conducido al norte, a Siria, se habrían reintegrado en el ejército principal, bloqueando a los británicos en el Sinaí. Así que desde todos los puntos de vista estaban mejor donde estaban. Y además querían Medina y querían conservarla. ¡Dejadles pues!

Esta situación no se parecía al ritual bélico pregonado por Foch. Había una diferencia de base. Foch llamaba a su guerra moderna

"absoluta". En ella dos naciones que profesaban filosofías incompatibles se proponían probarlas a la luz de la fuerza. Un combate entre dos principios inmateriales sólo podía terminar cuando los partidarios de uno de ellos no tuviera ya medios para resistir. Frente a una opinión se puede discutir pero ante una convicción es mejor disparar. El final lógico de una guerra de credos es la destrucción final de uno de ellos, tal y como se describe en el libro *Salambo*. Este clásico bien puede describir el combate entre Francia y Alemania pero no, quizá, el que enfrenta a Alemania con Inglaterra, ya que todos los esfuerzos para hacer al soldado inglés odiar al enemigo han terminado simplemente por hacerle odiar la guerra. Por tanto, la "guerra absoluta" parecía ser tan sólo una modalidad de guerra, al margen de la cual podían discernirse otros tipos, como por ejemplo los enumerados por Clausewitz: guerras personales por motivos dinásticos, guerras de expulsión por razones partidistas o guerras comerciales por causas económicas.

Los árabes perseguían un objetivo indudablemente geográfico, el de ocupar todas las tierras de lengua árabe en Asia. Al llevarlo a cabo era posible que tuvieran que morir turcos, pero "matar turcos" no sería nunca ni una meta ni una excusa. Si los turcos se retirasen sin más la guerra acabaría. Si no, habría que expulsarlos, pero al menor precio posible, ya que los árabes estaban luchando por la libertad, un placer que sólo disfruta el hombre cuando está vivo. La siguiente tarea consistía en analizar el proceso: tanto desde el punto de vista de la estrategia, del objetivo bélico, la mirada sinóptica que ve cada cosa bajo el prisma de la totalidad, como desde el punto de vista que llamamos *tácticas*, que son los medios para la consecución del fin estratégico, los peldaños de su escalera. En cada uno se encontraban los mismos elementos, uno algebraico, otro biológico y un tercero psicológico. El primero parecía ser

pura ciencia matemática, sin humanidad. Lo constituían condiciones fijas e invariables: espacio y tiempo, elementos inorgánicos como colinas, climas o vías férreas, el género humano considerado como una masa sin variedad individual, y todas las ayudas artificiales con que la invención humana ha prolongado nuestras facultades. Este elemento era esencialmente sistematizable.

Traducido al árabe, el factor algebraico tomaría primeramente en consideración el área a conquistar. Un cálculo eventual indicaba quizás 140.000 millas cuadradas. ¿Cómo iban los turcos a defender todo eso? Sin duda con una línea de trincheras, siempre y cuando los árabes fueran un ejército que atacara con las banderas al viento. Pero supongamos que fueran una influencia, algo invulnerable, intangible, sin frente ni retaguardia, que se mueve como el gas. Los ejércitos son como plantas, inmóviles como un todo, enraizados, nutridos por largas ramas que llegan hasta la cabeza. Los árabes eran como un vapor llevado por el viento. Nuestros reinos estaban vivos en la imaginación de cada uno, y como no nos hacía falta nada en concreto para vivir, podríamos no haber expuesto nada en concreto a las armas enemigas. Un soldado resulta inútil sin un blanco, pues posee sólo el suelo que pisa y subyuga únicamente lo que puede apuntar con su rifle. El siguiente paso sería estimar cuántos puestos necesitarían para contener un ataque en profundidad, en el que la sedición alzara la cabeza en cada una de las 100.000 millas cuadradas sin atrincherar. Tendrían necesidad de un fuerte cada cuatro millas cuadradas, y cada uno de estos puestos no podría tener menos de veinte hombres. Los turcos necesitarían 600.000 hombres para enfrentarse con los rencores combinados de todos los árabes locales. Tenían 100.000 disponibles. Por tanto, las ventajas en esta esfera parecían caer del lado árabe, y clima, vías férreas, desiertos y tecnología podían también vincularse a sus intereses. El

turco era estúpido y creería que la rebelión era absoluta, como la guerra, y lidiaría con ella usando las tácticas de la guerra absoluta.

La humanidad en batalla

Hasta aquí el elemento matemático. El segundo factor era biológico, el punto de ruptura, vida y muerte, o mejor, desgaste natural. Bionómico parecía ser un buen nombre para este componente. Los filósofos de la guerra habían hecho de él propiamente un arte y elevado una de sus peculiaridades, "la efusión de la sangre", a la categoría de principio. Se convirtió en la humanidad en batalla, un arte que toca cada aspecto de nuestro ser. Teníamos una línea de variabilidad (el hombre) que atraviesa todos sus cálculos. Sus componentes eran sensibles e ilógicos; los generales se guardaban a sí mismos recurriendo a la reserva, que era el instrumento más relevante de su oficio. Goltz había dicho que cuando conoces la fuerza del enemigo, y éste la ha desplegado completamente, entonces ya sabes lo suficiente como para poder olvidarte de la reserva. Sin embargo, esto no sucede nunca. Siempre cabe la posibilidad del accidente, del defecto en los materiales –algo siempre presente en la mente del general, que inconscientemente espera que la reserva supla tales eventualidades. Hay un elemento sensible en las tropas que no puede expresarse en cifras, y el comandante más grande es aquel cuyas intuiciones más cerca están de cumplirse. Nueve décimas partes del hecho bélico son abarcables mediante las tácticas militares, las cuales se enseñan en los libros, pero el décimo irracional, martín pescador que vuela visto y no visto por la charca, es la piedra de toque de un general. Ante ella sólo vale el instinto afilado por el pensamiento, el golpe ensayado tantas veces que en la hora crítica es tan natural como un reflejo.

Mas limitar el arte al elemento humano supondría un estrechamiento inapropiado; debe aplicarse a los materiales tanto como a los organismos. En el ejército turco los materiales eran escasos y preciosos, los hombres eran más abundantes que el equipo. Consecuentemente, había que empezar por destruir no el ejército, sino los materiales. La muerte de un puente turco o de un tren, máquina, cañón o explosivo era más rentable que la muerte de un turco. En aquellos días, el ejército árabe era ante todo cauto. Los hombres, al ser irregulares, no eran unidades sino individuos, y una pérdida individual es como un guijarro que cae al agua: el golpe podrá ser breve, pero su ausencia la nombran anillos de pena. El ejército árabe no podía permitirse tener bajas. La cuestión de los materiales planteaba menos problemas. Básicamente, se trataba de hacerse superiores en algún aspecto que pudiera considerarse decisivo, como el de las ametralladoras o cualquier otro. Foch había formulado la máxima, aplicada a los hombres, de que hay que ser superior en el momento crítico del ataque. El ejército árabe bien podía aplicarla a los materiales, y ser superior en equipo en el momento y en el ámbito precisos.

Para ambos, hombres y objetos, se podría dar a la doctrina de Foch un lado negativo y retorcido, en plan barato, y ser más débil que el enemigo en todos los aspectos excepto en uno. La mayoría de las guerras son guerras de contacto, ambas fuerzas pugnan por seguir en contacto para evitar dar lugar a la sorpresa táctica. Pero la guerra árabe debía ser una guerra de separación: contener al enemigo mediante la amenaza silenciosa de un vasto desierto desconocido, sin revelarse hasta el momento preciso del ataque. Este ataque era sólo nominal, de manera que no consistiría en identificar los puntos débiles del enemigo, sino sus materiales más accesibles. Si se trataba de cortar una vía se escogía un tramo vacío.

Esto era un logro táctico. A partir de esta teoría se desarrolló en último término el hábito inconsciente de no entrar jamás en contacto con el enemigo; lo cual a su vez congeniaba con la exigencia numérica de no ofrecer nunca un blanco al soldado enemigo. Muchos turcos del frente árabe no tuvieron ocasión de disparar un tiro durante toda la guerra, con lo cual los árabes no se encontraron a la defensiva salvo en contados accidentes. El corolario de una regla tal era la necesidad de perfecta "inteligencia", para que los planes pudieran ejecutarse con total certeza. El agente principal debía ser la cabeza del general (De Feuquière dijo esto primero), y su conocimiento debía ser brillante, sin dar pie a los contratiempos. El cuartel general del ejército árabe sufrió quizá más quebraderos de cabeza que cualquier otro personal en el cumplimiento de este deber.

La multitud en acción

El tercer factor al mando parecía ser psicológico, esa ciencia (Jenofonte la llamó diatética) de la que nuestra propaganda no es sino una parte sucia e innoble. Es el que concierne a la multitud, al ajuste del espíritu hasta que está preparado para explotar en acción. Es el que considera la capacidad de coraje de los hombres, sus complejidades y su mutabilidad, y el cultivo de lo que en ellos beneficia la intención. El mando del ejército árabe debía poner las mentes de sus hombres en orden para la batalla, cosa que hacía de forma tan meticulosa y formal como otros oficiales ordenaban sus cuerpos. Después, y en la medida de lo posible, se ponían en orden también las mentes del enemigo, la de la nación que lo apoyaba tras la línea de fuego, las de las neutrales que miraban y la mente de la nación hostil a la espera del veredicto.

Era lo ético en la guerra, y de este proceso dependía principalmente el mando para la victoria en el frente árabe. La prensa escrita es el arma más grande en el arsenal del mando moderno, y los comandantes del ejército árabe, siendo *amateurs* en este oficio, comenzaron su guerra en la atmósfera del siglo XX, pensando en las armas sin prejuicios, sin distingos sociales entre ellas. El oficial regular tiene tras él la tradición de cuarenta generaciones sirviendo a soldados, y para él las armas antiguas son las más honorables. El mando árabe debía preocuparse pocas veces por lo que hicieran sus hombres, pero muchas por lo que pensaran, siendo la diatética para él más de la mitad del mando. En Europa esta cuestión se dejaba un poco de lado y se confiaba a hombres externos al cuerpo general, pero el ejército árabe era físicamente tan débil que no podía permitirse que el arma metafísica se oxidara en un rincón. Había ganado una provincia cuando los civiles en ella habían aprendido a morir por el ideal de la libertad: la presencia o ausencia del enemigo era un asunto secundario.

Estos razonamientos mostraban que la idea de asaltar Medina, o incluso de sitiarla hasta que se rindiese, no se correspondía con la mejor estrategia. Más inteligente era dejar al enemigo quedarse en Medina, así como en cualquier otro lugar inofensivo, con cuantos más hombres mejor. Si el enemigo mostrase una disposición a evacuar demasiado pronto, como paso previo para concentrarse en un área pequeña en la que poder imponer su número con eficacia, entonces el ejército árabe tendría que intentar restablecer su con-fianza, no brusca sino paulatinamente, reduciendo sus empresas contra él. Lo ideal era mantener su línea ferroviaria funcionando lo justo, sólo lo justo, y con el máximo de pérdidas e inconveniencias.

El ejército turco era un accidente, no un objetivo. Nuestro verdadero objetivo estratégico era buscar su eslabón más débil y centrarnos sólo en él hasta que el tiempo derribara la pieza. El ejército árabe debía imponer una defensa pasiva lo más larga posible a los turcos (siendo ésta la forma más cara de guerra en absoluto), extendiendo a tal fin su propio frente al máximo. En términos tácticos debía desarrollar un tipo de fuerza muy dinámica y bien equipada, lo más pequeña posible, y utilizarla sucesivamente en diversos puntos distribuidos a lo largo de la línea turca, para obligar a los turcos a reforzar sus puestos de ocupación más allá del mínimo económico de veinte hombres. La capacidad de estos cuerpos de ataque no se medía teniendo en cuenta únicamente su fuerza. La *ratio* entre número y área determinaba el carácter de la guerra, y al tener cinco veces la movilidad de los turcos, los árabes podían medirse con ellos con la quinta parte de sus hombres.

Alcance sobre fuerza

El éxito era seguro, y susceptible de ser probado sobre el papel tan pronto como se conociera la proporción entre espacio y número. El combate no era físico sino moral y, por lo tanto, las batallas eran un error. Todo lo que podía ganarse en una batalla era la munición que el enemigo disparase. Napoleón había dicho que era raro encontrar generales que quisieran entrar en batalla; pero la maldición de sus guerras consistió en que muy pocos podían hacer otra cosa. Napoleón había hablado en enojada reacción contra la excesiva *finesse* del siglo XVIII, cuando los hombres casi olvidaron que la guerra daba licencia para asesinar. El pensamiento militar posterior a Napoleón viró hacia su *dictum* durante casi cien años: había llegado la hora de volver un poco atrás otra vez. Las batallas

son imposiciones a la parte que se cree más débil, y se hacen inevitables, ya por falta de espacio, o por la necesidad de defender una propiedad material más preciada que las vidas de los soldados. Los árabes no tenían nada material que perder, por lo que no tenían por qué defender nada ni por qué disparar a nada. Sus cartas eran la velocidad y el tiempo, no el poder de impacto, y éstas les dieron fuerza estratégica más que táctica. El poder de alcance tiene que ver más con la estrategia que con la fuerza. La invención de la carne en conserva había modificado la guerra terrestre más profundamente que la pólvora.

Las autoridades militares británicas no siguieron todos estos razonamientos, pero permitieron que se ensayaran en la práctica. Así, las fuerzas árabes partieron primero hacia Akaba, tomándola sin dificultad. Tomaron luego Tafileh y el Mar Muerto; después Azrak y Deraa, y finalmente Damasco, todo en sucesivas etapas estudiadas concienzudamente conforme a estas teorías. El proceso consistía en establecer escaleras tribales que proporcionaran una ruta segura y fácil desde las bases marinas (Yenbo, Wejh o Akaba) hasta las bases avanzadas de operaciones. Éstas se encontraban a veces a 300 millas, una distancia larga en tierras sin carreteras ni vías férreas, que sin embargo fue acortada por el ejército árabe gracias al cultivo asiduo del poder en el desierto y del control por medio de partidas de camellos del desolado, jamás cartografiado, mundo de arena que es todo el centro de Arabia, desde La Meca hasta Aleppo y Bagdad.

El desierto y el mar

Por su carácter, estas operaciones tenían algo de guerra naval, en su movilidad, en su ubicuidad, su independencia de las bases y

las comunicaciones, en su ignorancia de características básicas, de áreas estratégicas, de direcciones fijas, de puntos fijos. "Aquél que domina en el mar disfruta de gran libertad, y puede tomar tanto o tan poco de la guerra como desee": aquél que domina en el desierto es igualmente afortunado. Partidas de camellos tan independientes como los navíos podían navegar con seguridad a lo largo de la frontera terrestre del enemigo, justo fuera del campo visual de sus puestos a lo largo de la línea de cultivo y hacer incursiones o asaltos en sus líneas cuando se considerase el momento más fácil o más propicio, contando siempre con una retirada segura a sus espaldas hacia un elemento en el que los turcos no podían penetrar.

La elección óptima sobre qué punto desbaratar en el organismo del enemigo venía dada con la práctica. La táctica consistía siempre en golpear y correr; no en presionar sino en impactar. El ejército árabe no trató nunca de mantener o mejorar una ventaja, sino que retrocedía y volvía a golpear en algún otro lugar. Usaba la menor fuerza en el menor tiempo y en el lugar más alejado. Continuar la acción hasta que el enemigo cambiara sus disposiciones para resistir hubiera supuesto romper el espíritu de la regla fundamental de jamás ofrecerle blanco.

La velocidad y el alcance necesarios eran conseguidos gracias a la frugalidad de los hombres del desierto y a su eficiencia con los camellos. En el calor del verano los camellos árabes pueden hacer con comodidad unas 250 millas sin beber, lo que representa tres días de marcha vigorosa. Este radio es mayor de lo que se necesitaba, ya que los pozos rara vez distaban más de 100 millas entre sí. El equipo de las partidas montadas tendía a ser sencillo, conservando sin embargo una superioridad técnica sobre los turcos en

algún aspecto crítico. Venían de Egipto cantidades abundantes de ametralladoras ligeras, para ser utilizadas no como ametralladoras sino como rifles automáticos, herramientas de francotiradores, por hombres mantenidos en la ignorancia en cuanto a su mecanismo, para que así la velocidad de la acción no se viera entorpecida por el tiempo empleado en reparar la herramienta. Otro instrumento esencial lo constituían los explosivos potentes, y casi cada uno de los rebeldes estaba cualificado por experiencia en trabajos de demolición.

Carros acorazados

En ocasiones, las incursiones tribales eran reforzadas con carros acorazados manejados por ingleses. Los acorazados, una vez que han encontrado una vía posible, pueden ir al paso de una partida de camellos. Durante la marcha a Damasco, a casi 400 millas de la base, eran abastecidos, primero con el combustible portado por los propios camellos de la caravana, y después desde el aire. Los carros son magníficas máquinas de lucha, decisivas allí donde pueden entrar en acción en las condiciones que les son propicias. Pero aunque ambos cumplen el principio básico de "fuego en movimiento", los empleos tácticos de los carros y de las unidades de camellos son tan diferentes que su uso en operaciones conjuntas es difícil. Se observó que era desmoralizador utilizar juntas la caballería acorazada y la caballería sin acorazar.

La distribución de las partidas en las incursiones no era ortodoxa. Era imposible mezclar o combinar tribus, ya que no se gustaban o desconfiaban entre ellas. De la misma manera los hombres de una tribu no podían ser utilizados en el territorio de otra. En

consecuencia, otro canon de la estrategia ortodoxa se rompía aquí, al seguirse el principio de máxima amplitud en la distribución de la fuerza, con el fin de tener a mano el mayor número posible de incursiones a la vez. Además, se añadía la fluidez a la velocidad mediante el uso de un distrito el lunes, otro el martes, un tercero el miércoles… lo cual reforzaba no poco la movilidad natural del ejército árabe, dándole ventajas impagables, pues la fuerza se renovaba con hombres frescos en cada nueva región tribal, y así mantenía su energía prístina. En un sentido real, el máximo desorden era su equilibrio.

Un ejército no disciplinado

Igualmente curiosa era la economía interna de las partidas de combate. La máxima irregularidad y articulación eran las metas. La diversidad echaba a la cuneta la inteligencia del enemigo. El enemigo acumula información cuando los batallones y divisiones se organizan de forma regular e idéntica, hasta que finalmente infiere la presencia de un cuerpo por la disposición de las tres compañías anteriores. Los árabes, de nuevo, estaban sirviendo a un ideal común, sin emulación tribal, y por tanto no podía esperarse de ellos ningún *esprit de corps*. Los soldados se hacen casta, bien a base de dinero, uniforme o beneficios políticos, o bien como ocurre en Inglaterra, haciendo de ellos unos descastados, desarraigados de la masa de sus conciudadanos. Ha habido muchos ejércitos alistados voluntariamente, pero ha habido pocos que hayan combatido en condiciones tan agotadoras y en una guerra tan larga como la revuelta árabe. Cualquiera de los árabes podía irse a casa cuando la convicción le fallara. Su único contrato era el honor.

Consecuentemente, el ejército árabe carecía de disciplina, en la medida en que ésta restringe y asfixia la individualidad para obtener el mínimo común denominador de los hombres. En tiempo de paz, en los ejércitos regulares la disciplina impone el límite de energía alcanzable por todos los presentes; es la búsqueda no de un promedio sino de un absoluto, de un ciento por ciento estándar en el que los 99 hombres más fuertes son rebajados al nivel del peor. El fin es hacer de la unidad una unidad y del hombre un tipo, para que así su esfuerzo sea calculable, e incluso en grano y a granel el rendimiento colectivo. Cuanto más profunda es la disciplina más baja es la eficiencia individual y más previsible la realización. Es un sacrificio deliberado de capacidad con el fin de reducir el elemento de incertidumbre, el factor bionómico, en la humanidad alistada. Su acompañamiento es, en estos casos, la guerra social, esa forma de conflicto en la que el combatiente ha de ser el producto de los múltiples esfuerzos de una larga jerarquía, del taller a la unidad de abastecimiento, que lo mantiene en el campo de batalla.

La guerra árabe, al reaccionar contra todo esto, era simple e individual. Cada hombre que se enrolaba servía en la línea de batalla y se controlaba a sí mismo. No había líneas de comunicación o tropas de trabajadores. Parecía que en esta forma articulada de guerra la suma de los rendimientos de los hombres en solitario era por lo menos igual al de un sistema compuesto del mismo potencial, y era con toda seguridad más fácil adaptarse a la vida y costumbres tribales, dada la flexibilidad y el entendimiento por parte de los oficiales al mando. Por suerte para ellos casi cada joven inglés lleva en sí las raíces de la excentricidad. Eran sólo un puñado, no había más de un inglés por cada mil árabes, ya que un número mayor habría creado fricciones, simplemente porque eran cuerpos extraños (perlas si se quiere) en la ostra: y aquellos que

estaban presentes controlaban por influencia y consejo, por sus conocimientos superiores, no porque ejercieran autoridad foránea.

La práctica consistía, sin embargo, en no emplear en la línea de fuego los grandes números que la adopción de un sistema "simple" teóricamente permitía. En vez de ello se empleaban en el relevo: de otra manera el ataque se habría extendido demasiado. Las guerrillas deben disponer de libertad de espacio para la acción. En la guerra irregular si dos hombres están juntos uno está siendo desperdiciado. La tensión moral que implica la acción aislada hace de esta forma de guerra simple algo muy duro para el soldado individual, y exige de él una iniciativa especial, resistencia y entusiasmo. Aquí lo ideal era hacer de la acción una serie de combates simples, para convertir los rangos en una feliz alianza de comandantes en jefe. La valía del ejército árabe dependía enteramente de la calidad, no de la cantidad. Sus miembros debían mantenerse siempre frescos, pues la lujuria sangrienta perjudicaría su ciencia, y su victoria dependía de un uso justo de la velocidad, la ocultación, la precisión del fuego. La guerra de guerrillas es de lejos más intelectual que una carga de bayonetas.

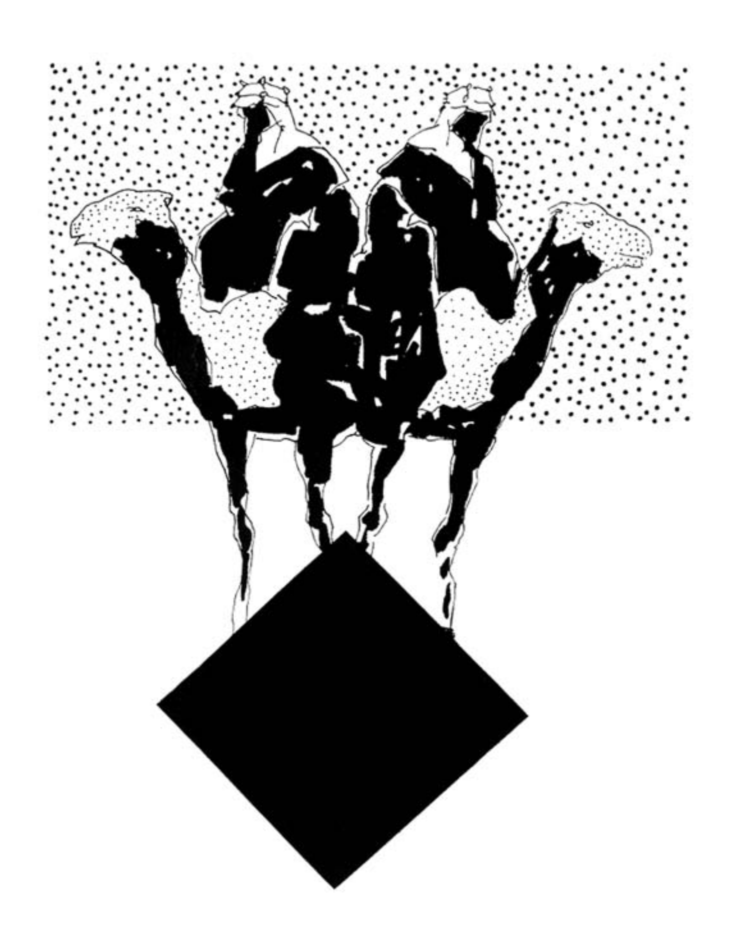
La ciencia exacta de la guerra de guerrillas

Mediante la persistencia cuidadosa, mantenida estrictamente dentro de los límites de sus fuerzas y siguiendo el espíritu de estas teorías, el ejército árabe fue capaz eventualmente de llevar a los turcos a un estado de impotencia, y la victoria total parecía a la vista cuando el general Allenby dio un formidable golpe en Palestina que lanzó las fuerzas principales del enemigo a la desesperación y confusión definitivas, poniendo así un final inmediato a la guerra

turca. Su Excelencia privó a la revuelta árabe de la oportunidad de seguir hasta el final la sentencia de Saxe de que una guerra puede ganarse sin librar batallas. Pero sí puede al menos decirse que sus líderes actuaron bajo su luz durante dos años, y que la obra resultó. Éste es un razonamiento pragmático que no puede ser del todo rechazado. El experimento, si bien incompleto, fortaleció la creencia de que la guerra o rebelión irregular podía demostrar ser una ciencia exacta, y un éxito inevitable, si se garantizaban ciertos factores y si se llevaba a cabo conforme a un esquema concreto.

He aquí la tesis: la rebelión ha de tener una base intocable, protegida no meramente del ataque sino del miedo al ataque: una base como la que la revuelta árabe tenía en los puertos del Mar Rojo, en el desierto o en las mentes de los hombres convertidos a su credo. Debe tener un enemigo extranjero y sofisticado, en forma de ejército disciplinado de ocupación demasiado pequeño para cumplir la doctrina de la extensión: muy pocos soldados como para ajustar el número al territorio, como para dominar con eficacia el área completa desde puestos fortificados. Debe contar con una población amistosa, no activamente amistosa pero simpatizante hasta el punto de no desvelar los movimientos rebeldes al enemigo. Las rebeliones pueden hacerse con un 2 por ciento de la fuerza en activo, siempre que el 98 por ciento pasivo simpatice con la causa. Los pocos rebeldes activos deben poseer las cualidades de resistencia, velocidad y ubicuidad, y contar con arterias de abastecimiento independientes. Deben contar también con el equipo técnico necesario para destruir o paralizar las comunicaciones organizadas del enemigo, ya que la guerra irregular viene a ser aquello que Willisen definía como estrategia, “el estudio de la comunicación” en su grado extremo, para atacar ahí donde el enemigo no está. En sesenta palabras: si se garantiza la movilidad, la seguridad (en la

forma de negar blancos al enemigo), el tiempo y la doctrina (la idea de convertir a cada individuo en simpatizante y amigo), la victoria estará del lado de los insurgentes, pues los factores algebraicos son al final decisivos, y contra ellos las perfecciones de medios y de espíritu combaten del todo en vano.



ESTUDIO

WU MING 4

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA*

Apuntes sobre la teoría de la guerrilla de T. E. Lawrence

De acuerdo con el concepto que nos hemos formado de la guerra del pueblo, ésta, como una sustancia nebulosa, no debe nunca adensarse hasta constituir un cuerpo compacto; de lo contrario el enemigo dirigirá contra estos núcleos fuerzas adecuadas, los aniquilará y hará muchos prisioneros. En tal caso, la audacia disminuirá, todos creerán que la cuestión principal ya está decidida, que es inútil cualquier esfuerzo, y las armas caerán de las manos del pueblo.
(Carl von Clausewitz, *De la guerra*, cap. XXVI: "Guerra del pueblo").

La marca del nomadismo, la más profunda y áspera de las disciplinas de la sociedad, señalaba a cada uno de ellos desde su nacimiento.
(T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*, cap. II).

Prólogo: el poeta con la espada

El mito de Lawrence de Arabia, o El Orenz, ha dado a la historia un personaje de novela, casi descomunal. Son innumerables los estudios literarios, psicológicos e históricos sobre su figura y sus escritos, sin olvidar la superproducción rodada por David Lean en 1962 inspirada en el famoso "diario" árabe.

La razón de este interés reside en la fascinación y la complejidad de la figura, que proceden del ambiguo encuentro de dos arquetipos: Lawrence de Arabia, corsario del desierto, y el mismo Thomas Edward Lawrence, huérfano post-victoriano atrasado respecto a

---

* *Super Flumina Babylonis* es el título del libro del que Lawrence afirma haber extraído la primera sugestión decisiva para Oriente Medio y el nacionalismo árabe cuando era estudiante en Oxford. Nota del prologuista.

su propia época, cultivador frustrado de sí mismo, a caballo entre la mitopoiesis y la mitomanía. Ambas caras, obviamente, son la una el reverso de la otra. Los dos Lawrence son el mismo Lawrence y generan sugestiones que se suman a otras sugestiones, niveles interpretativos cada vez más profundos.

No podía ser de otro modo para el capitán intrépido que sufría los tormentos del joven Werther; para este Sandokán con las dudas de Hamlet; para el arqueólogo guerrillero que nos narra el eterno conflicto entre idealidad y necesidad histórica, entre voluntad y realidad; para el héroe romántico decimonónico obligado a enfrentarse a la conciencia del nuevo siglo, el del horror masificado y las guerras mundiales. Sobre todo capaz de trasladar todo esto a sus escritos.

Lawrence se implicó en primera persona en la construcción de su propio mito, arma útil para el tipo de guerra que tenía en mente, consciente de cómo las historias contadas en las tiendas de campaña de los beduinos, en los campamentos turcos, y tal vez incluso en los salones de Londres, eran un impulso importante para su lucha. Si bien no parecían importarle las promociones militares (en su diario apenas se encuentra mención a ellas), es un hecho que no obstaculizó la leyenda que crecía de forma espontánea alrededor de sí y de “su” revuelta árabe, sino que, al contrario, encarnó hasta el final, como un experimentado actor shakesperiano, el papel que le había asignado la historia: el encuentro entre fortuna y virtud.

El conocimiento de las civilizaciones y culturas antiguas, de la mitología clásica, la amistad estrecha con Robert Graves (al que financió y que escribió un relato edulcorado de las gestas de Lawrence entre los árabes), las propias reflexiones sobre sí mismo y sobre sí mismo *en la historia* que se encuentran en sus escritos, son indicios que sugieren un determinado nivel de conciencia. Conciencia, antes que nada, de la ambivalencia del mito: en parte

fuerza motriz del pueblo, aglutinante de las luchas, y en parte truco fabulador siempre dispuesto a revolverse contra sus narradores. Tal vez la síntesis y la contradicción que mejor definen la figura de Lawrence –en esto autoconsciente hasta la paranoia y la crisis de personalidad– es precisamente la que hay entre el hábil estafador, capaz de hacerse pasar ante los árabes por el liberador que no era, y el *condottiero* heroico, que sublevó a los esclavos contra sus amos turcos.

La complejidad apenas esbozada refuerza una intención precisa: no son tan importantes el alma, la prosa o la credibilidad de las reconstrucciones históricas presentadas por Lawrence. Lo interesante es analizar su teoría bélica, sintetizada en la *Enciclopedia Británica* bajo la voz "Guerrilla" en 1929 y ya anticipada en la década anterior durante la elaboración de *Los siete pilares de la sabiduría*. Esta materia, aislada y tratada por separado, permite realizar un corte no sólo respecto a la doctrina clásica de la guerra, sino también respecto a lo que podríamos definir como la doctrina clásica de la guerrilla y, en particular, de la guerrilla revolucionaria. Analizando a fondo los escritos de Lawrence es posible de hecho dar cuenta de cómo la experiencia práctica le había llevado a elaborar una teoría original, no sólo respecto a las que le habían precedido, sino también a muchas de las que habrían de seguirle.

1. La geometría de la revuelta

La eficacia de la guerra se confía sólo al combate. En el combate, la destrucción de las fuerzas del adversario es el medio directo hacia el objetivo, incluso cuando el combate no se produce, puesto que la solución se basa en el presupuesto de que esta destrucción ha de considerarse inevitable. Por tanto, la destrucción de las fuerzas armadas enemigas es la base

de toda acción en la guerra, fundamento final de todas las combinaciones, en el que se apoyan como los arcos sobre las pilastras. Y toda acción parte del presupuesto de que, si la decisión de las armas que le sirve de base debiese llevarse a cabo, ésta sería favorable. (*De la guerra*, cap. II).

En una frase, se podría decir que la teoría de Lawrence da la vuelta de arriba a abajo este axioma clausewitziano.

Los grandes teóricos de la guerrilla revolucionaria del siglo XX, de Lenin a Mao Tse Tung, de Ho Chi Minh al Che Guevara, ideólogos y dirigentes carismáticos de la guerra del pueblo, han aprovechado las implicaciones políticas que la guerrilla antiimperialista ha tenido en su siglo. El mismo hecho de que sus textos sean más conocidos que los de Lawrence confirma el celebérrimo axioma de Clausewitz que coloca a la política y a la guerra en el mismo plano, o mejor, que las califica como dos modos distintos de perseguir los mismos fines. Si aceptamos la definición guevarista del guerrillero como reformador social con fusil, deberemos reconocer que Lawrence, seguramente ingenuo en el plano político, no podría proseguir con otros medios ninguna intención "revolucionaria seria".

Un enfoque de este tipo sin embargo ensombrecería la naturaleza herética de su pensamiento que –mejor no olvidarlo– permanece en el interior de la amplia reflexión sobre la lucha y la guerra del pueblo.

Leyendo en profundidad sus textos es posible dibujar una diferencia esencial respecto a la teoría bélica producida por los grandes dirigentes revolucionarios del siglo XX.

Éstos comparten de hecho un punto básico: piensan y practican la guerrilla como una fase de transición hacia el enfrentamiento abierto y hacia la "regularización" del ejército revolucionario. La guerra de bandos, a la que se añade un elemento moral y político, es la premisa de la insurrección generalizada y de la batalla final

contra los usurpadores. La idea ya expresada por Lenin y Mao de que con el incremento de las hostilidades la guerrilla debe evolucionar gradualmente hasta convertirse en una fuerza ortodoxa, se encuentra explicitada por Giap cuando decide pasar de la guerrilla en la jungla al contraataque abierto, asediando así al contingente francés en Dien Bien Phu:

En el frente principal, nuestras unidades regulares no tienen ya la misión de cercar y bloquear la guarnición, sino de pasar al ataque y concentrar las fuerzas para aniquilar al enemigo. […] El Comité Central se atiene siempre sin error al principio estratégico: dinamismo, iniciativa, movilidad, decisión instantánea frente a las situaciones nuevas, siempre con el objetivo fundamental de la destrucción del enemigo y desarrollando al máximo el espíritu ofensivo de un ejército revolucionario. (Vo Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*).

El concepto aparece más claro aún en Guevara:

Está bien claro que la guerrilla es una fase de la guerra que no tiene en sí misma la posibilidad de conseguir la victoria; es una de las primeras fases, para ser exactos, y habrá de desarrollarse y ampliarse hasta que el ejército guerrillero con su incremento constante adquiera las características de un ejército regular. Entonces estará preparado para dar al enemigo golpes decisivos y para obtener la victoria. El triunfo final será siempre el producto de un ejército regular, aunque sus orígenes hayan sido los de un ejército guerrillero. (Ernesto "Che" Guevara, *La guerra de guerrillas*).

En resumen, los grandes revolucionarios del siglo pasado no se desvinculan de la visión del conflicto bélico como batalla abierta, en la que las fuerzas enemigas se miden y vencen o sucumben

según cuántas pérdidas efectivas consigan infligir al adversario. Es todavía un horizonte clásico al que tiende su guerrilla: al final del camino de la montaña se encuentra la llanura en la que espera el coronel von Clausewitz. El guerrillero, “general de sí mismo”, según la definición de Guevara, es ya un soldado y un oficial en potencia.

Y éste es el punto de Arquímedes, compartido tanto por la doctrina clásica de la guerra como por la teoría de la guerrilla, que Lawrence ha pretendido sacar de sus goznes. No quiere tan sólo refutar la idea de que, como repiten a coro los manuales, la victoria puede obtenerse sólo a partir de una campaña regular, sino sobre todo quiere demostrar que ésta puede realizarse sin derramamiento de sangre. O mejor aún, que una guerra puede vencerse sin combatir en batallas.

Se trata sobre todo de un desplazamiento del eje geométrico de la guerra. Y también aquí es fácil notar una diferencia respecto a sus ilustres contemporáneos y sucesores. Éstos teorizan una guerra móvil y dislocada, de constante muerde-y-huye para debilitar al adversario, como el tigre vence al elefante causándole constantemente heridas nuevas y haciéndole morir desangrado, poco a poco. Lawrence comparte y practica ya esta táctica, vieja como el mundo, pero desde un punto de vista estratégico la lleva a una radicalización extrema. Para los grandes revolucionarios del siglo XX, el elefante debe ser atacado sea como sea. Su sangre debe fluir hasta dejarlo a merced del golpe de gracia del tigre. El enemigo en sustancia es el metro con el que medir la acción bélica, el fulcro sobre el cual, dialécticamente, se centra el quehacer del guerrillero, al menos en la misma medida en que para Carl Schmitt es el elemento identificador de una sociedad política.

No es así para Lawrence. De acuerdo con él, el enemigo es tan sólo una contingencia de la lucha, no su objetivo.

El desplazamiento geométrico es doble. No sólo se establece una diferencia entre la guerra regular, basada en la idea de línea, de frontera, de atacar o defender, y la guerrilla, que actúa en cambio a partir de la profundidad, de la discontinuidad, del atravesamiento constante de las líneas para sabotear el trazado. Hay algo más. Lawrence sostiene que la acción de profundidad puede y debe desordenar completamente la geometría de una campaña regular: es actuando sobre un escenario en su conjunto como se desorienta a un adversario. La victoria se debe sobre todo a una acción intelectiva, a un cambio arbitrario de perspectiva, que no desafía la fuerza del enemigo, sino que la hace vana, la sortea y la vuelve inútil. Si un punto geométrico particular del mapa del teatro bélico es de importancia estratégica, la victoria no consiste necesariamente en conquistar ese punto, en el que el enemigo se siente inatacable, sino más bien en modificar el mapa entero para convertirlo en un punto de importancia secundaria. Desplazar la acción a otra parte, insistir en otros puntos, irse a otro sitio y dejar al enemigo que defienda atrincherado un lugar que se ha vuelto inservible.

La idea "lineal" de la guerra no puede aceptar en modo alguno una afirmación semejante. El mismo avance de la línea de fuego y de la frontera implica la necesidad de no dejar bolsas de resistencia a las espaldas: el enemigo debe retirarse o ser derrotado. Los puntos de la línea deben permanecer unidos entre sí. Desde este punto de vista, incluso el menos ortodoxo de los comandantes acepta la guerrilla sólo como recurso táctico, que al final debe conseguir los mismos objetivos: la sustracción del espacio al enemigo, es decir, la toma/liberación de un territorio dado.

A partir de esta doctrina, en 1916 las fuerzas anglo-árabes habrían debido conquistar la fortaleza de Medina antes de avanzar hacia Palestina y Siria, para no dejar ningún contingente turco a su

derecha. Esto habría significado lanzar la carga de los beduinos contra las trincheras turcas, llenas de ametralladoras y cañones. Lawrence en cambio intuyó que una vez ocupados los puertos de la costa del Mar Rojo y puesta en jaque la línea ferroviaria que unía la ciudad al resto del imperio otomano, Medina perdería cualquier importancia estratégica y así se transformaría en un callejón sin salida, un inútil pozo sin fondo para los recursos del enemigo.

Una tarde me desperté de un sofocante sueño, bañado en sudor y picoteado por las moscas, y me pregunté para qué demonios nos servía en realidad Medina. […] Actualmente teníamos bloqueada la vía férrea, y ellos se limitaban a la defensa pasiva. La guarnición de Medina, reducida a su mínima expresión, se hallaba encerrada en sus trincheras, desperdiciando su capacidad de maniobra, comiéndose a los animales que ya no sabían cómo alimentar. Les habíamos arrebatado toda capacidad de hacernos daño, y sin embargo aún seguíamos empeñados en arrebatarles la ciudad. [...] Pero, ¿para hacer qué? (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

Allí eran inofensivos; en cambio, de haber sido hechos prisioneros habrían supuesto un coste en comida y guardias en Egipto, y de haber sido conducidos al norte a Siria se habrían reintegrado en el ejército principal, bloqueando a los británicos en el Sinaí. Así que desde todos los puntos de vista estaban mejor donde estaban. Y además querían Medina y querían conservarla. ¡Dejadles pues! (T. E. Lawrence, GUERRILLA).

El que defiende una plaza ya ha perdido, pues está dando por descontada su centralidad en un escenario bélico complejo. No hay ninguna necesidad de atacar a quien ya está a la defensiva, basta con irse a otro lugar y dejar al enemigo donde está, atrincherado en la defensa de un lugar que en consecuencia se convierte en peri-

férico y de escasa influencia. Se trata, por tanto, de hacer las cosas de modo que ese punto no sea de ninguna utilidad en el plano geométrico del conflicto, modificando éste último y llevando el ataque a otro lugar.

La de Lawrence es una estrategia de sustracción. El enemigo no es combatido, sino abandonado y desorientado.

Se vuelve entonces a la primera pregunta: ¿es posible vencer en una guerra sin combatir ni derramar sangre?

Lawrence está profundamente convencido. Toda su idea de guerrilla se basa en la ausencia, en el conflicto a distancia, en la invisibilidad, que permitirá a los guerrilleros mantener siempre la iniciativa y retirársela automáticamente al adversario. Si el enemigo no puede verte, ¿contra quién dispara?

"La guerra en sentido estricto parece realmente tener por objeto la batalla, mientras que la guerrilla se propone explícitamente la no-batalla", escribirán Deleuze y Guattari, inspirándose precisamente en los escritos de Lawrence (Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas*, cap. XII: "Tratado de nomadología").

En resumen, para Lawrence el momento "epifánico" en el que los guerrilleros se transforman en soldados regulares y descienden de las montaña para enfrentarse al ejército enemigo, es totalmente secundario y puede incluso no darse nunca. Es más: los mismos guerrilleros no tienen que "ver" al adversario o "dejarse ver" por él. Los fantasmas pueden causar mucho miedo a los ejércitos.

2. Los tres factores

La primera confusión radicaba en la falsa antítesis entre estrategia, u objetivo de la guerra, la visión sinóptica que ve a cada cosa como parte de un todo, y la táctica, o los medios que llevan al objetivo estratégico, los

escalones concretos de la escalera. A mí me parecían tan sólo diversos puntos de vista desde los que contemplar los elementos de la guerra: el elemento algebraico, o de las cosas; el biológico, o de las vidas, y el psicológico, o de las ideas. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

Lawrence sostiene que el factor "algebraico" es la clave material de la guerra y, por tanto, de la victoria. A pesar del mito romántico que se ha desarrollado alrededor de su figura, no hay ningún idealismo en el fondo de su teoría. Basta leer las palabras de conclusión de la voz de la *Enciclopedia Británica*: "los factores algebraicos son al final decisivos, y contra ellos las perfecciones de medios y de espíritu combaten del todo en vano".

Algebraico es todo aquello que puede ser cuantificado con precisión matemática: medios, hombres, recursos, conformación del territorio. Desde este punto de vista, Lawrence se limita a hacer cuentas y comprende que el secreto de la guerrilla está en actuar como "campo magnético", en ser como el viento, es decir, estar siempre en todas partes y en ninguna, siempre en otro lugar, impidiendo al enemigo tener un blanco contra el que apuntar el fusil. Lo que proporciona la victoria en la batalla son los golpes derrochados por el enemigo que no consigue golpearte. Por lo tanto, la regla áurea es negarle el blanco. La movilidad cuenta más que la fuerza.

Traducido al árabe, el factor algebraico tomaría primeramente en consideración el área a conquistar. Un cálculo eventual indicaba quizás 140.000 millas cuadradas. ¿Cómo iban los turcos a defender todo eso? Sin duda con una línea de trincheras, siempre y cuando los árabes fueran un ejército que atacara con las banderas al viento. Pero supongamos que fueran una influencia, algo invulnerable, intangible, sin frente ni retaguardia, que se mueve como el gas. Los ejércitos son como plantas,

inmóviles como un todo, enraizados, nutridos por largas ramas que llegan hasta la cabeza. Los árabes eran como un vapor llevado por el viento. Nuestros reinos estaban vivos en la imaginación de cada uno, y como no nos hacía falta nada en concreto para vivir, podríamos no haber expuesto nada en concreto a las armas enemigas. Un soldado resulta inútil sin un blanco, pues posee sólo el suelo que pisa y subyuga únicamente lo que puede apuntar con su rifle.

Imaginé entonces cuántos hombres necesitarían asentar en todo este territorio para contener un ataque en profundidad, si la sedición alzara la cabeza en cada una de las 100.000 millas cuadradas sin atrincherar. Conocía al ejército turco con exactitud [...], tendrían necesidad de un fuerte cada cuatro millas cuadradas, y cada uno de estos puestos no podría tener menos de veinte hombres. Los turcos necesitarían 600.000 hombres para neutralizar la enemistad de todos los pueblos árabes, más la hostilidad activa de unos pocos combatientes armados. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

La guerra del pueblo cuenta con el apoyo de la población local, con su enemistad generalizada en los enfrentamientos del ejército enemigo. Las proporciones calculadas por Lawrence hablan claro: basta con que sólo un 2 por ciento de la población se levante en armas, si el restante 98 por ciento practica la resistencia pasiva y, llamémosla así, una presión psicológica sobre el ejército enemigo. Esto significa que literalmente el ejército irregular puede vivir del aire, moviéndose y abasteciéndose en los propios territorios.

Ésta es la diferencia fundamental y obvia entre una guerra y una revuelta. Una revuelta es antes que nada una lucha de liberación, es decir, contiene un elemento instintivo y ético a la vez, vinculado directamente a la existencia de quien participa en ella. El ejército regular, fiel a las viejas doctrinas militares, afronta la revuelta según las reglas de la guerra, es decir, con la potencia de fuego y el con-

trol del territorio. Y así se condena él solo a la derrota, porque domar una rebelión con la guerra es un proceso "lento y complicado, como comer la sopa con cuchillo" (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

Aquí entra en escena el segundo factor, el "biológico". Éste tiene que ver con el valor que se le atribuye a la vida y con la consideración de que en la guerrilla la calidad vence a la cantidad.

Lawrence parte de una constatación simple: quien lucha por la libertad quiere permanecer vivo, porque muerto no puede disfrutarla. Su esfuerzo no podrá ser en vano: el guerrillero no es un mártir. Esto significa que adherirse a una causa no es perder la vida ni entregársela a otros, sino pasarla mejor, es decir, usar la inteligencia y responsabilizarse de ella. El guerrillero sigue siendo un individuo, con su *bios*, su historia, su biografía, su valor añadido a la lucha, personal y característico. No podrá ser jamás una unidad sustituible por otra en el plano geométrico del conflicto.

Los gobiernos concebían a los hombres sólo como masas; pero nuestros hombres, al ser irregulares, no se reagrupaban en formaciones: seguían siendo individuos. La muerte de uno solo de ellos, como una piedra arrojada al agua, dejaba una señal durante un instante donde sucedía, pero de aquella muerte irradiaban círculos de dolor. Nosotros no podíamos permitirnos pérdidas. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

Si la guerrilla no se vale de batallones, sino de bandas que hacen incursiones, es decir, de pequeñas comunidades móviles repartidas por el territorio, cada una de ellas es importante y esencial y no puede ser enviada a la masacre. La guerra clásica se basa en el principio ajedrecístico de la sacrificabilidad de las unidades implicadas, la guerrilla en cambio en el opuesto exacto, es decir, en el de su

insustituibilidad. Lawrence deduce de aquí que el guerrillero no debe morir.

En consecuencia, el modo pensado por Lawrence para derrotar a los enemigos sin entrar en contacto con ellos se centra completamente en el sabotaje y en la obstaculización de la producción y de la comunicación, más que en una ofensiva bélica en sentido estricto.

Un soldado bien equipado, bien nutrido, caliente y descansado es difícil de vencer; un soldado hambriento, cansado, con frío, ya ha sido vencido. Por eso es más eficaz y menos arriesgado atacar los bienes materiales del adversario, más que a sus soldados. Dificultar el aprovisionamiento y el abastecimiento debilita al enemigo más que un ataque a sus fuerzas, ya que los soldados siguen estando vivos y deben ser reabastecidos, dañando así cada vez más la economía del adversario. El movimiento que da la victoria consiste en dificultar la vida del adversario más que en quitársela. Los ataques del guerrillero tienen por tanto un objetivo principal, por no decir único: las vías de abastecimiento.

Este ataque era sólo nominal, de manera que no consistiría en identificar los puntos débiles del enemigo, sino sus materiales más accesibles. (GUERRILLA).

Nosotros no teníamos bienes materiales que perder; por eso nuestra mejor línea de conducta era no defender nada y no disparar contra nadie. Nuestras bazas eran la rapidez y el tiempo, no la potencia de fuego. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXXIII).

Históricamente, casi toda la actividad bélica de los árabes se dirigió de hecho a la destrucción de las infraestructuras (puentes, carreteras, vías férreas, estaciones) y de las fuentes de abasteci-

miento del enemigo (víveres, municiones, agua, ganados), practicando gran cantidad de pequeñas y grandes incisiones en las raíces que nutren al árbol hasta dejarlo seco. Obligar al adversario a dedicarse constantemente al mantenimiento y reconstrucción de las propias líneas y medios de vida equivale a tener abierta una falla en su sistema de control, que se hace cada vez más difícil de gestionar, con una hemorragia constante de energías y dinero. Y todo esto sin disparar ni una sola bala, permaneciendo siempre en un lugar distinto al del enemigo y sin que éste pueda hacer nada. La clave de la victoria, para quien combate contra un ejército regular, es explotar la misma "regularidad" del adversario, es decir, obligarlo a desangrarse, hacerle cada vez más cara la defensa y el mantenimiento de sí mismo, hasta el colapso moral y económico.

La misma idea se refuerza si examinamos el factor "psicológico", esto es, el elemento moral y ético.

El guerrillero debe tener en consideración la psicología del adversario, pero no menos la de quien está detrás de él, la de quien lo apoya y quien está mirándole, es decir, la del espectador de la guerra. El uso de los medios de comunicación de masas resulta fundamental. Lawrence afirma que la prensa escrita (pero se podría decir lo mismo de todos los medios de comunicación) es el arma más potente en el arsenal de un comandante.

Mientras el ejército regular, basado en una disciplina férrea que obliga a los hombres a la obediencia, tiene un departamento al que se le encarga la propaganda, un ejército guerrillero tiene en cada combatiente un centro de comunicaciones.

En otras palabras, la que Lawrence llama "el arma metafísica" es la fuerza de convicción de un ejército, concebido más que nada como movimiento de opinión. Cuando has convencido a la mayor parte de los habitantes de un territorio de que tus razones son justas, ya has vencido, la presencia o la ausencia del enemigo se

convierte en una cuestión secundaria. Porque a partir de ese momento tendrá a toda la población en su contra y todas sus decisiones se le volverán en contra. Una vez más se afirma el principio según el cual el enemigo no es más que una contingencia que hay que neutralizar, no el referente dialéctico de acción, ya que la idea de libertad propugnada es justa hasta llegar a poder prescindir de su presencia.

Por lo tanto, el punto de fuerza del guerrillero reside más en la capacidad de contagiar con sus propias ideas a la población civil que en la eficacia de la acción militar directa. El conflicto no es físico, sino moral, político. Y así no hay solución de continuidad entre conflicto y consenso, sino que ambos son dos elementos que se funden el uno en el otro.

Lawrence teoriza una rebelión de naturaleza muy particular, en la que los adversarios no se ven ni se enfrentan nunca. "Una revuelta no es una guerra, si acaso un gesto para tiempos de paz: como una huelga general" (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. XXIII). En otras palabras, la guerrilla que pretende Lawrence no es –como quieren los revolucionarios del siglo XX– la vanguardia armada de un movimiento social y político, es el movimiento mismo; es justo como el viento, a la vez el aire que se respira y el gas venenoso que hacemos respirar al enemigo.

3. El soldado y el guerrillero

La doctrina militar clásica no llega a prescindir de la potencia del fuego, de la cantidad de fuerza desplegable a la vez.

Por el contrario, la teoría de la guerrilla se basa en el ahorro de fuerzas y en su dislocación. Pero en particular se rige sobre una concepción completamente distinta del combatiente.

El arte militar sacrifica deliberadamente la capacidad del individuo para reducir los elementos inciertos, el factor bionómico, en la humanidad alistada. [...] Esto, en los ejércitos regulares, lleva a un rendimiento del ciento por ciento en el que noventa y nueve deben adaptarse al hombre más débil de la compañía. El objetivo es hacer que la unidad sea una unidad, el individuo un tipo, para poder calcular con anticipación los resultados de una acción colectiva y obtener de todos un esfuerzo igual en fuerza y carácter. Cuanto más absoluta es la disciplina, más desaparecen las cualidades individuales, pero más seguro es el esfuerzo colectivo. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. LIX).

¿Qué tipo de combatiente se construye en un contexto de este tipo? No el que sirve a la guerrilla. Si ésta descendiese al terreno del enemigo, si se hiciese como el enemigo mismo o si se dejase encontrar allí donde se la espera, habría perdido, pues sus fuerzas, dispuestas en una línea única y divididas en batallones, no lograrían nunca igualar la potencia del adversario. Para Lawrence, los combatientes no deben renunciar a su especificidad, ni ser desresponsabilizados del progreso de la acción bélica. Al contrario, es necesario que sean partícipes en todo momento de lo que ocurre y que se adhieran a cada instante a las decisiones tomadas. El guerrillero no debe nunca renunciar al uso de la propia inteligencia crítica y de la propia voluntad.

En consecuencia, el equilibrio del ejército guerrillero es "el máximo de desorden". Cada combatiente puede volver a casa cuando quiera, no tiene ningún vínculo respecto a un mando superior, y nadie le acusará de ser un desertor. El ejército guerrillero no tiene ninguna disciplina. El intento de disciplinar a un voluntario, de obligarlo a la convivencia forzada con otros individuos, está destinado a fracasar. Una convivencia forzada esconde y aplasta malhumores, incompatibilidades, discordias, diversidad de puntos de

vista. Conduce a una simplificación que garantiza una mayor eficiencia de la masa, pero a costa del rendimiento del individuo, incluso de su degradación. La guerrilla es antes que nada una guerra individual, en la que cada voluntario está obligado a rendirse cuentas a sí mismo y no puede delegar en nadie (superior o inferior) la responsabilidad y el resultado de las propias acciones. La afirmación de que en el ejército guerrillero todos son generales significa que están obligados a un esfuerzo "intelectual", no pueden limitarse a asaltar al enemigo cuando se le ordena o a ordenar que otros lo hagan. La guerrilla es una actividad articulada política y social, de interrelación, conflicto y diálogo.

Una guerra de fuerzas irregulares se presenta así como algo más intelectual que una carga con bayoneta, más cansada que el servicio en la obediencia cómoda y mimética de un ejército regular. Cada combatiente debe tener un amplio terreno a su disposición. En la guerrilla, cuando dos hombres están consagrados a la misma misión, al menos uno de ellos está siendo desaprovechado. Nuestro ideal habría sido poder hacer de nuestras batallas una serie de duelos, de nuestros grados una feliz alianza de dúctiles comandantes en jefe. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. LIX).*

Pero esto vale sobre todo para las "comunidades" que componen la red guerrillera. Tal vez la principal habilidad de Lawrence

---

* Desde este punto de vista, Lawrence trata de descomponer la guerra en una cadena de acciones que él mismo define como "simples". Es decir, realiza la operación inversa a la de Clausewitz, que partía del duelo para construir el edificio complejo de la guerra. La asonancia de fondo es evidente: "No daremos a la guerra una grave definición científica; nos atendremos a su forma elemental: el combate singular, el duelo. La guerra no es más que duelo a gran escala. La multitud de duelos particulares de que se compone, considerada en su conjunto, puede representarse con la acción de dos luchadores" (Carl von Clausewitz, *De la guerra*, cap. I).

fue la de lograr alinear en el mismo bando a los clanes de beduinos de Arabia. Y lo consiguió sin forzar a nadie ni instaurar disciplina alguna. Más allá de las dotes diplomáticas, que no le faltaban, utilizó un método más ingenioso. Recomponiendo continuamente el mapa bélico, y explotando la movilidad total de las fuerzas a disposición, hacía entrar en acción de cuando en cuando a las comunidades que residían en los territorios útiles.

El doble desplazamiento geométrico encuentra aquí su sublimación. Mantener móviles las comunidades y al mismo tiempo hacer rotar todo el cuadro bélico, atacando un punto en lugar de otro, enviando a la acción a una comunidad en lugar de otra, negándose constantemente a fijar un epicentro de las operaciones militares.

El ejército igualitario e indisciplinado de Lawrence no tiene ninguna pretensión "parlamentaria" o "representativa", no es un ejército "democrático", sino un ejército *organizado sobre la base de las diferencias y las especificidades*. No es un ecumenismo forzado por su visión de la lucha. Para Lawrence basta con que todos participen en el mismo impulso, cada uno con sus medios, cada uno en su propio ámbito de acción, donde puede dar lo mejor de sí. En lugar de la busca de un mínimo común denominador, se trata de la de un máximo común múltiplo, que exalta las cualidades particulares en lugar de la cantidad indistinta.

La distribución de los grupos móviles no fue ortodoxa. No podíamos mezclar o combinar tribus distintas, a causa de sus diferencias: tampoco era posible que una tribu entrara en el territorio de otra. En compensación, buscamos la dispersión máxima de las fuerzas. Añadimos la ubicuidad a la rapidez usando una comarca el lunes, otra el martes, una tercera el miércoles, y esto reforzó nuestras dotes naturales de movilidad. Más tarde, nuestros mandos recibieron hombres frescos de cada nueva

tribu, conservando así su energía inicial. En realidad, nuestro equilibrio se basaba en el máximo desorden. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. LIX).

Según Gilles Deleuze y Félix Guattari, esta tipología guerrera está conectada intrínsecamente a la naturaleza nómada y antiestatal de las poblaciones que practican la guerra irregular, y no al territorio en el que ésta se practica. Los nómadas comparten una concepción lisa del espacio, es decir, que conciben el espacio como un vacío atravesable y extendible, ya sea estepa, desierto o mar.

Deleuze y Guattari reconocen a Lawrence el haberse inspirado en la guerra marítima utilizando el desierto como un océano. En otras palabras, la disponibilidad de un espacio vacío sin límites en el que moverse a placer para atacar las fronteras estatales, los puestos avanzados, las guarniciones del imperio. Tan sólo un pueblo nómada, que lleva consigo todo lo que necesita, y comparte esta idea del espacio, puede practicar este tipo de guerra. Lawrence lo explica claramente en muchos pasajes y sostiene que era precisamente la autosuficiencia del combatiente árabe a la hora del abastecimiento lo que le otorgaba ventaja sobre el ejército regular enemigo, que, en cambio, al estar estructurado como un árbol, necesitaba largas y vulnerables cadenas de aprovisionamiento, de las raíces a las ramas más finas. Mientras el ejército árabe era el espejo de la sociedad nómada, en constante devenir, el turco reflejaba el estatismo y la complejidad del estado, del imperio, con sus infinitas ramificaciones burocráticas, jerárquicas y despersonalizadas.

En el espacio liso del desierto, como en el del mar, el nómada es el mejor soldado.

El guerrillero, por lo tanto, es esencialmente nómada y no concibe la guerra como conquista y mantenimiento del territorio, por

lo que no aspira a cerrar el espacio en las fronteras de lo "propio", sino a abrirlo y hacerlo atravesable. El hecho es que allí donde el soldado regular ve sólo desierto, el guerrillero ve una red articulada de pistas y líneas por las que desplazarse: un espacio a poblar, que coincide con su mundo y al mismo tiempo lo supera.

[…] hemos visto que la máquina de guerra es la invención nómada, porque es en su esencia el elemento constitutivo del espacio liso, de la ocupación de este espacio, del desplazamiento por este espacio y de la composición correspondiente de los hombres: éste es el único verdadero objeto positivo (nomos). Hacer crecer el desierto, la estepa, todo lo contrario que despoblarla. (*Mil mesetas*, cap. XII).

La guerra contra los estados es sólo una consecuencia de la naturaleza nómada, no de una voluntad destructora o dominadora. Lawrence afirma que los árabes, por mucho que los despreciaran, nunca habrían alzado un dedo contra los turcos si éstos les hubiesen dejado ser libres de decidir su propio destino.

La actitud del guerrillero no es negativa: es el máximo de la positividad.

4. Los dos pilares de la guerrilla

El factor discriminante trazado por la teoría de Lawrence no es el que hay entre la guerra regular y la guerrilla, patrimonio de todos los teóricos militares, sino más bien el de distintas formas "políticas" aplicadas a la lucha.

Los guerrilleros revolucionarios conciben sus propios ejércitos populares como movimientos políticos armados. La peculiaridad de Lawrence está en la afirmación de un modelo de guerrilla anti-

dialéctico y antimilitar en sentido estricto. La revuelta no tiene nada que ver con la dialéctica de la guerra, es un movimiento que encuentra en sí mismo, en su propio devenir, en su propia red de relaciones, las formas y razones positivas para afirmarse en el mundo; no se define a partir de un enemigo ni se dirige contra él. La derrota del adversario está incluida en las razones materiales e ideales del movimiento, que como una marea inunda y sumerge el espacio útil. Esto no significa que se renuncie al conflicto, al contrario, sino que se rechaza la identificación con el enemigo, con sus reglas de juego, actuando sobre el terreno y sobre el espacio circundante, sobre el contexto, y cambiándolo de signo.

[...] la guerra irregular viene a ser aquello que Willisen definía como estrategia, "el estudio de la comunicación" en su grado extremo, para atacar ahí donde el enemigo no está. (GUERRILLA).

El regate del enemigo se produce a través de un devenir constante, una actividad "lingüística", comunicativa, entendida como acción social, experimento y práctica de la imaginación.

Esta estrategia, o mejor, este colapso de estrategia y táctica, nace de una actitud nómada, que desordena la medida del terreno, del mundo, por parte del adversario, pues se vale de una geometría distinta, reinventándola de arriba a abajo y haciendo del absurdo lo que es posible desde un punto de vista realista.

La insurrección armada deviene metáfora cargada de signos, útil para vehicular el sentido mismo de la posibilidad contra el poder. Ésta no es una contraposición de fuerzas, sino fenómeno lingüístico y mitopoiético, que da inicio a una narración distinta del mundo.

Del mismo modo, el ejército guerrillero no es vanguardia de clase o anuncio de un acontecimiento por venir, sino agente políti-

co directo, símbolo de una relación distinta entre los humanos. Coincide con los prerrequisitos del contexto que pretende crear.

La guerrilla nómada es lo opuesto de un ejército, el universo de signos que vehicula es inversamente proporcional a su fuerza militar. Combate para convencer, no para vencer; para la diversidad, no para la identidad; para transformarse antes que nada a sí misma en el espacio renovado por el viento del que es vector, no para plasmar el mundo a su imagen y semejanza. El viento no se conserva, simplemente sigue soplando, erosionando y moviendo las formas sólidas al mismo tiempo que se desvía.

La naturaleza del movimiento-guerrilla es por tanto reticular y vaporosa, en la medida en que la red de la comunicación puede llegar a coincidir con la del entero devenir social, con las fuerzas vivas que se mueven en el plano del mundo y de los mundos posibles. La resistencia contingente del enemigo es debilitada, invertida, por la construcción de nuevas pistas, nuevos mapas del espacio "desierto" que poblar, sobre las cuales se mueve a la velocidad del viento, y que hacen a la parte adversa prisionera de la propia inmovilidad, dejándola empantanada en la defensa de un simulacro.

Todo esto no quita nada de importancia a los objetivos materiales de la lucha. Lawrence dice que es mejor actuar sobre los nexos y vínculos, más que sobre las fuerzas enemigas; cortar los suministros, más que aceptar el enfrentamiento; ser imprevisibles, en lugar de repetirnos, incluso cuando una decisión nos ha llevado al éxito:

Nunca sucedía que las circunstancias de un ataque se repitiesen, y por tanto, ningún sistema podía aplicarse dos veces: además la variedad de nuestras acciones distrajo al sistema de información enemigo de la pista adecuada. Los batallones y las divisiones idénticas mostraban su punto

débil en el terreno de la información, ya que la composición de un cuerpo de tropa puede considerarse idéntica a la de otras compañías. Nuestras fuerzas dependían en cambio de la inspiración del momento. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. LIX).

Los fundamentos de la guerrilla-movimiento son por tanto dos: la movilidad, como mejor forma de defensa; y el pensamiento, como mejor forma de ataque.

Sustraerle los blancos al enemigo y "convertir a cada individuo en un ser amigable" son las claves de la victoria.

En una treintena de palabras: hacer de la propia movilidad una metáfora de la mutación social, ser portadores del mismo cambio, actuando por contagio a lo largo de las líneas del desierto, que conducen a cielos y tierras nuevos.

Yo suscité e impulsé con la fuerza de una idea uno de estos golpes de mar (y no uno de los menores), hasta que alcanzó y superó su cima, y rompió en Damasco. El reflujo de aquella ola, rechazado por la resistencia de los objetos envestidos, dará materia a la próxima ola, cuando, llegado el tiempo, vuelva la marea. (*Los siete pilares de la sabiduría*, cap. III).

Bibliografía:

Carl von Clausewitz, *De la guerra*, 1832.
Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas*, 1980.
Vo Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, 1961.
Ernesto "Che" Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1960.
T. E. Lawrence, GUERRILLA, 1929.
T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*, 1926.
Vladimir Il'ich Lenin, *Guerra de guerrillas*, 1906.
Mao Tse Tung, *Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón*, 1938.
Mao Tse Tung, *La guerra prolongada*, 1938.



NOTA DE LOS EDITORES

Para la elaboración de GUERRILLA, T. E. Lawrence reescribió algunos fragmentos previamente incluidos en *Los siete pilares de la sabiduría*, con modificaciones de diverso alcance.

Los conceptos presentados por el escritor inglés en dichos fragmentos coincidentes en ambas obras son, lógicamente, los mismos o muy similares, pero la presentación del texto no es idéntica en los dos casos.

De ahí que al comparar la versión en castellano de las citas procedentes de *Los siete pilares de la sabiduría* que aparecen en el prólogo de Wu Ming 4 y los correspondientes párrafos de GUERRILLA en la traducción que presentamos se aprecien diferencias motivadas no por caprichos de los traductores, sino por las variaciones que el mismo autor introdujo en la estructura formal.